

# DESDE LOS ONCE MINUTOS

ÓSCAR BACALLADO DE LA CRUZ

Once minutos de teatro puede parecer para un actor toda una vida. En el escenario, la eternidad puede esconderse en las imperceptibles fracciones del tiempo. En cambio, para el espectador en su butaca, la lectura del proceso que transcurre es distinta. La unanimidad de esfuerzo no existe en este código descompasado. Las energías son otras, diferentes. Pero aunque esta balanza se altere en desequilibrio, siempre alguna de las partes, actor-espectador, gana el favor de la amplia generosidad que tiene el teatro. Así lo sagrado surge de manera inmediata. Es un ente de tres vértices que evoluciona ante la mirada: tiempo, alma y espíritu. El tiempo es un eslabón en la suma del acto teatral, el cuerpo que vehicula

el alma y el espíritu de este ser todopoderoso. Tres elementos que dan licencia de ser elevado a este arte. El alma tiene la forma del ser humano, el actor que dibuja los egos de sus personajes y que configura lo que ocurre. Lo que sucede, sus acciones, representa el espíritu de lo que somos, de lo que se cuenta. Un menú completo que el espectador debería masticar sin fragmentos y digerirlo por entero para volverse aún más espléndido. Quizá este es el origen de esta propuesta breve, la posibilidad de absorber el todo sin seccionarlo. Once minutos para comunicar a través de un microcosmos infinito. La semejanza a saborear lo urgente de un canapé o sentir el galope de emociones salir de un pequeño frasco de perfume, guardan los secretos de lo intenso. Será que por

eso las esencias de las cosas no necesitan de gran espacio para explicarse. Esa es la idea, utilizar las esencias para contar breve las historias de la vida. Nos dejamos llevar por vientos sociales y elegimos el tamaño en función de esta cultura buffet que nos ofrecen. La ración a su vez racionada en trocitos, nos reeduca el ánimo salivoso de nuestro intelecto. La gente acude a la muestra dosificada del arte, no sabemos si por falta de tiempo o por costumbre última. Quizá es demasiado lo que tiene que esperar en la vida para conseguir seguridad y viene pasado de ese entrenamiento cansino. La facilidad que ofrece lo inmediato se impone. La prontitud acomoda el ansia y consigue placer casi a domicilio. Entiende cada vez mejor el lenguaje de la oferta múltiple: cines con infinitas microsalas, concursos de intérpretes de cualquier cosa que se la juegan en segundos para conquistarnos, el imperio del zapping televisivo y la carencia de una programación cultural personal continua. Vivimos en una sociedad agitada, casi en guerra, en el que el tiempo, si se alarga y no vemos variedad, no desespera. Sentirnos cultivados nos hace ver mucho, pero mirar poco. Al final, si no estamos preparados, nos invadirá la soledad, tanto a los que actúan como a los que los observan. Si este es el juego, aprendamos a hacerlo bien y que lo que contemos quede de forma impresa. De todo se cansa el hombre, hasta de lo malo, así que hagamos las cosas lo más generosamente posible y que no quede nada sin contar por no saber jugar con el tiempo.

No es lícita la excusa si nos hemos adormilado. Hemos de dar lo mejor y lo peor hecho arte. Corre la vida no hay marcha atrás. Usemos el día a día para conseguir cosas mejores.

Expuesta la excusa del formato, sólo queda definir el porqué de ese tiempo preciso, el de los once minutos. La simbología sonó razonada entre algunas de las compañías y el propio público cuando asociaron el número a las fechas del once de septiembre y a la del once de marzo. Lo cierto es que no tuvo que ver con nada de eso. No pretendíamos adornarlo con el aroma a compromiso social que el número ya carga. Las intenciones pertenecen únicamente a las de jugar con su sonoridad y con aquellas propias que tienen las propuestas que llevan implícito el atractivo de su contenido y continente. Así que la cuestión de fondo era organizar una oferta que se convirtiese en arma de seducción. Ese objetivo que a todos los que, ya no sólo hacemos teatro, sino a los “ejercitadores” de la cultura en general preocupa; atraer a las salas o a cualquier espacio al público y que este conviva con lo que percibe. En una ciudad como la nuestra, La Laguna, la demanda de esta cultura parece que se convierte en un acto extraordinario. Aquello que debería ser un valor de identidad es una cuestión anecdótica y efímera o en su más severo extremo, rimbombante y fastuosa. Son pocas las oportunidades para disfrutar de encuentros. Y ya no hablo de la carencia de base que tienen las futuras generaciones. El rapto de los espacios que

tenemos en esta ciudad no es para nada equiparable a la responsabilidad política por haber mutilada a generaciones de ese contacto.

Me remito a la sabia consigna de Grotowsky: “todo el mundo es hijo de alguien” referido por supuesto al arquetipo cultural que todos guardamos en el inconsciente. Calculemos entonces qué herencia les deja una sociedad que se desvanece en errores. La dramaturgia del esperpento de nuestra última política cultural se rescribe con la ausencia de acción. Cada vez me cuesta más entender qué espera la clase política de una sociedad que se empobrece. A este paso no solo seremos espectadores televisivos, seremos más que nada telehabitantes a favor de intereses creados. El conflicto se eterniza y las tramas y subtramas navegan a la deriva. Será cuestión de llenarlo de verdaderos actores que reconduzcan el caos. ¿Es la convivencia con la cultura una extraña que los inquieta? No sabemos si hay verdaderamente malicia o torpeza, no sabemos si es que a su vez fueron víctimas de otros malos gestores y es por eso que la escasa dimensión de la cultura sea un vicio aprendido. Esta especie de cainismo se proyecta en el ciudadano con la pena y el castigo a vagar durante el tiempo esperando a que algo suceda. Aquí todos esperamos a Godot en un compás de resignado minimalismo. Citar a Ionesco confirma el error que arrastra nuestra memoria social y política: “las ideologías nos separan, los sentimientos y las angustias nos unen”. Por tanto, si caer

en la oratoria vacía es oficio del que lo critica todo, hagamos oficio contrario y no esperemos más. Pasemos a la acción. Usemos el poder de la palabra, del gesto, de la música y del coraje estético del teatro para no perdernos más. Evangelizar no es nuestra misión, pero sí hacer de espejos y articuladores de los resortes secretos de las conciencias. No creo que el teatro se erija como salvador de la sociedad, pero sí creo ciegamente que contribuye a transformarla y a enriquecerla. La pedagogía de la presencia es la única acción que nos queda cuando nada más se ejercita. Y eso sólo se consigue entrenándola.

Desde un lugar mínimo en su espacio como es el Ateneo de La Laguna, hacemos también pequeñas propuestas, que no mínimas, y que ayudan a la recuperación del estado de salud de esta ciudad convaleciente. Carecemos de teatros y de salas profesionales así que nuestro cansado espacio con piano al fondo, aporta a esta acción mecanismos de resistencia. Surge la idea a finales del 99 y no la podemos concretar por cuestiones económicas, hasta noviembre de 2005. El primer encuentro de teatro en once minutos atrajo a muchísimo público, tanto, que se cerraron las puertas por llenarse el aforo. No habíamos visto ese ambiente en la calle desde los ochenta, durante los festivales de teatro que se organizaban en esta ciudad de la mano de Pascual Arroyo. Ocho compañías dieron rienda suelta al espectáculo: Burka teatro, Esmérita Ramírez, Katharsis teatro, Sol y Sombra, Teatrejo, Teatrofia y

Compañía Independiente La Kalle. Organizamos nuestro lugar con cuatro telones de fondo que delimitaban cuatro imaginarios escenarios y uno exterior, a los pies del edificio del Ateneo, donde se representó la obra *Ballet*. La mirada del espectador siguiendo la cadena de acciones hacia los cuatros puntos de sala y luego bajando a la calle estrechó los vínculos con los emisores. La secuencia de montajes se produjo rítmicamente, sin interrupciones, dando a su vez ritmo al propio espectáculo como si estos fuesen integrados en uno mayor. No hubo una temática general. La elección fue libre y personal. Por ser esta la primera, nos pareció que lo más lógico era echarla a andar con la única condición del paréntesis temporal de los once minutos. Montar únicamente algo para este encuentro tiene el inconveniente que luego es difícil venderlo como espectáculo único a otro lugar. El esfuerzo del montaje para este acto exclusivo tiene el valor de lo auténtico. Es por eso que no podemos profesar sino admiración a los que se sumaron a este derroche de generosidad. Se representaron ocho textos que sintonizaron de eclecticismo la atmósfera: *Entre rejas* de José Luis Alonso de Santos, *La declaración* de Carlos Ruiz, *Transacción* de José Sanchis Sinisterra y los estrenos mundiales de las obras: *María* de Ana Montes de Oca, *La espera* de Tomás González, *Ballet* del colectivo La Kalle, *Lo que usted nunca pudo ver de aquí estamos, eso va a ser que hemos venido* de Teatrofía y “Proyecciones, cuadro sexto”, fragmento de la obra teatral *Proyecciones* de Pedro García Cabrera a quien la compañía Sol y Sombra quiso rendir homenaje en el primer centenario de su nacimiento.

La idea de representar obras completas en once minutos significó el reto que lleva impreso lo intenso: concentrar en una gota el tiempo normal de la vida. Dice el dramaturgo cubano Tomás González que cuando uno logra manejar a sus personajes quien lo logra verdaderamente es la esencia. Ahí circula toda nuestra idea, en reconocer a la esencia como verdadero método de acción.

La propuesta atrajo a las compañías y el reclamo del ejercicio de interpretación fue lo más crujiente del asunto. Para el espectador, el conocimiento del tiempo, le configu-

ró una especie de atención fraccionada que comenzaba con cada montaje. Supongo que esto favorece el ánimo cuando no te gusta lo que ves, este no es el caso, y mantienes la resistencia porque sabes que no puede durar más de once minutos. Al fin y al cabo este hábito de controlar el tiempo es algo que se acostumbra cuando se trabaja regido por un horario. Todo lo que puede ocurrir en este lapso puede ser tan grande y tan bajo como en una obra de mayor duración. Hasta la hipotética catarsis del público, que no dispone de una medida temporal concreta, puede reinar en ese margen. Se cumplen una serie de pautas establecidas para mantener la atención del espectador sin que esta decaiga. Es la habilidad de cada historia para mantener la intensidad del relato la que justifica su finalidad. Le sucede tanto al teatro como al cine, incluso en su forma de corto. No se llega al extremo del cine de acción en el que se suceden secuencias de conflicto, intriga, violencia y sexo específicamente en el minutado del guión para mantener su interés, pero sí que se nutre de otro tipo de elementos para conseguirlo. En una industria como el cine que se basa en estrategias y leyes de mercado y en la que no importa que diferentes películas tengan su armazón construido con el mismo esquema interno la filosofía comunicativa es otra.

Las normas para este teatro hecho a escala son las mismas que para textos extensos. Los códigos de los que se nutre recogen las mismas equivalencias. Los signos de representación, verbales y no verbales, son los usados para textos mayores. Los dos teatros se resisten a no perderse en ese continuo adiós que les condena. La rosa mutabile de vida fugaz es el icono de este arte instantáneo que se origina en lo palpable del texto. Ambos, por hablar con redundancia, conservan la paradoja de la tangencia intangible.

El resumen de este trabajo, de este mar de fraguas, se recogió en un documento televisivo que grabamos como reflexión final de los participantes. Un testimonio de clara opinión que cada compañía mantiene con visiones distintas de lo que significa el teatro, de su influencia, de su situación actual y de sus caminos en esta sociedad. Un análisis local con mirada universal de nuestros problemas

y dificultades. Incluida en la serie “Señas culturales” de Cirilo Leal, “La mirada del teatro” se emitió en marzo de 2006.

El camino avanza y ya estamos preparando la segunda edición del encuentro. Nuestro deseo para el próximo encuentro es no despreciar lo cercano como recurso. Proponemos para estos encuentros intensamente breves un espacio para exponer resultados de búsquedas, la posibilidad libre de hacerlo permitiendo la rotura de los anclajes formales, reinventar el concepto de periferia y buscar caminos. No se si se llama identidad o autenticidad a lo que aspiramos, lo cierto es que el viaje hacia esos encuentros debe establecer lazos profundos de compromiso con lo que hacemos.